

La universidad pública argentina es un espacio abierto a las luchas políticas

Si tuvieras que hacer un balance provisorio de los últimos cinco años de movimiento feminista en la Argentina en pocas líneas, ¿qué dirías?

Aun como balance provisorio –es decir, abierto y en movimiento– hay algo ineludible: la instalación del movimiento feminista con un protagonismo y una escala inéditas. Creo que las figuras acuáticas que venimos usando –marea, desborde, por ejemplo, y que se diferencian de la sucesión de “olas”– dan cuenta de lo que en términos políticos analicé como proceso simultáneo de masificación y radicalización. Para mí son dos componentes, dos elementos, que en su intersección cualifican este momento del movimiento feminista de manera singular. Ahora, al interior de este período ya podemos leer todo un conjunto de momentos, hitos, derivas, desplazamientos y estratos que, por un lado, conectan y actualizan una multiplicidad de genealogías y, por otro, ponen a la invención y a la creatividad que se despliega en la ocupación de la calle como escena clave donde todo eso se produce. En segundo lugar, me interesa mucho pensar el proceso político mismo del paro feminista, de la huelga, que para mí ha articulado cuestiones decisivas que se han instalado: el vínculo entre violencias machistas y violencias económicas, laborales, racistas, institucionales y financieras, para empezar. Una y otra vez, desde mi punto de vista, desde el movimiento feminista se produce una comprensión de fondo, de raíz, de las violencias neoliberales de un modo que es a la vez accesible y concreto porque se lee desde la propia cotidianeidad con una capacidad enorme de escalar esa lectura a la dimensión estructural. Esa ruptura práctica, epistémica, de la

Guadalupe Maradei

Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad
de Buenos Aires / CONICET

división o tabicación entre lo macro y lo micro, para en cambio trabajar en una práctica de *conexión* de niveles es otra de las cuestiones que me parece importante tener en cuenta en este balance. Agregaría, una proliferación de planos de intervención, que hacen a la subversión, a la desobediencia, como práctica de subjetivación. Esto abre –y es un dobladillo de la idea del balance– la pregunta por las formas de duración del movimiento, sus modos de traducción, de inscripción, de acumulación y dispersión. ¿Cómo constatamos sus efectos? ¿En qué dinámicas podemos ver los cambios producidos? ¿Cómo se reformulan agendas, sensibilidades, horizontes? Quisiera al menos decir tres puntos para dejar planteados. Creo que una forma en que esa duración puede leerse es a partir de la tecnología política, afectiva, estratégica de las alianzas. El tipo de transversalidad que ha alcanzado el movimiento es sin dudas otro de los puntos de novedad, de audacia, de deseo de masividad. No es casual que los intentos de fragmentación sean explícitos y aparezcan en líneas que buscan dividir a partir de la cuestión anti-trabajo sexual o anti-trans. Por otro lado, debemos incorporar la dimensión de institucionalidad feminista que se ha creado, que se reconoce en vínculo con el movimiento callejero. Ahí creo que hay una pregunta interesante (y que no se restringe a nuestro país) sobre una institucionalidad que busca no operar por sustitución. Sobre todo me parece importante pensar estas cuestiones con relación a la coexistencia de otros planos de duración y tensión abiertos de modo simultáneo: en el lenguaje inclusivo y sus querellas, en la legalización del aborto, en las formas de ocupar la ciudad, en los reclamos sobre el carácter no formal de las leyes, en la politización del debate sobre la reforma judicial, en la exigencia permanente de ESI, en la difusión de modos de hacer colectivos, de plantear reparaciones históricas, etcétera.

Una de las ideas fuerza de *La potencia feminista* es que el movimiento feminista en la Argentina se destaca por conjugar masividad y radicalidad... ¿Cómo afectó la pandemia ese anudamiento? ¿Cuáles son los desafíos a partir de esa transformación?

En abril de 2020, a un mes del inicio de las medidas de restricción impuestas por la pandemia, escribimos con Luci Cavallero que “deuda, vivienda y trabajo” eran las claves para “una agenda feminista pos-pandemia”. Claro que no imaginábamos la duración del Covid 19, menos aún lo difícil que se haría hablar de un “pos”. En estos dos años, los encuentros colectivos se hicieron más difíciles. Aun así persistieron, muchos se volvieron pequeños e

intermitentes, en medio del dolor, la enfermedad y muchas circunstancias muy complejas. Sin dudas, esos espacios fueron estratégicos para elaborar lo que aconteció y para sostenernos. Uno de los hilos de las conversaciones, en medio de la preocupación por lo urgente por ese entonces, insistía: ¿dónde nos íbamos a cruzar si la calle era lo primero “suspendido”? ¿Cómo hacíamos para reunirnos si movernos se había convertido en una epopeya? ¿Cómo resguardábamos tiempo para estar juntxs si atajar la emergencia consumía la energía y las horas? A partir de esa inquietud política, otro manejo de preguntas apareció desde aquellos primeros meses de pandemia. Con Luci concretamente los formulamos así: ¿cómo pensar la espacialidad de los reclamos feministas cuando las “casas” son señalizadas como el lugar privilegiado para estar a salvo? ¿Cómo incide esta redefinición de lo doméstico durante la crisis sanitaria en la dinámica de nuestras reivindicaciones? ¿Qué trae de nuevo la idea de trabajo esencial con relación a esta mutación? ¿Cómo impactó la centralidad dada al espacio doméstico, lograda por los feminismos, en las políticas públicas implementadas en la emergencia?

Veníamos de un momento de efervescencia de las movilizaciones feministas, de ocupar la ciudad para desarmar su parcelamiento y sus circuitos cerrados. De repente, la calle se vació. Desde el movimiento feminista se lanzaron iniciativas-ensayos que desafiaron los primeros meses de encierro: se hicieron ruidazos, asambleas virtuales, ayudas de viandas, campañas y redes de aborto, grupos de wasap para ayudas específicas, etc. “Nos sostienen las redes feministas” fue una contraseña que evidenció la capacidad de construir infraestructura en la emergencia, de reensamblar recursos, afectos y saberes, de insistir en acompañamientos en nuevas circunstancias, de crear alertas, de entrenar un sentido de la urgencia que no nos anulara.

Judith Butler escribió que a veces la revolución sucede cuando nadie quiere volverse a su casa. Esa cuestión mutó frente a nuestros ojos. ¿Qué pasa cuando debemos quedarnos puertas adentro frente a la alarma de los contagios? ¿A qué casas se vuelve? ¿Qué sucede cuando esa misma casa está asediada por deudas y violencia? ¿Y cuando la casa no está asegurada y la zozobra del desalojo acecha? ¿Cómo respondemos cuando los hogares devienen botines para el capital financiero y, a la vez, espacios de un *continuum* laboral sin pausa?

Sin dudas, los años de pandemia obligaron al movimiento feminista a reinventarse en los territorios de la urgencia, a tener menos posibilidades de ocupar las calles multitudinariamente, a sumergirse en formas menos visibles pero persistentes de organización. En medio, hay que decir que se

logró la legalización del aborto, con dos vigiliadas inolvidables en diciembre de 2020. Que el 8M de 2021 también se sostuvo aun en condiciones críticas y que el 3J se hicieron iniciativas en todo el país, con un pliego de demandas que había consensuado en primer lugar el cupo laboral travesti-trans, aprobado unos días después.

En distintas oportunidades, argumentaste cómo ciertas situaciones asamblearias logran una pedagogía popular feminista... ¿Considerás que la universidad pública argentina detenta esa capacidad? De ser así, ¿en qué momentos, de qué modos, a partir de qué tipo de alianzas, creés que la universidad logra poner en juego el potencial cognitivo del deseo?

Creo que la universidad pública argentina ha sido para muchas un espacio de experiencia asamblearia, como una parte vital de nuestras trayectorias en ella. Los procesos de asambleas trazan, en nuestras facultades, cronologías propias. De allí salen militancias, se nutren discusiones de las aulas llevadas a las calles, se ejercita cierta gestualidad política, se entrena también una modalidad de debate. Pero ciertamente quienes asisten en tanto docentes y estudiantes, arman una composición más homogénea que las que han tenido las asambleas feministas. Pero sin dudas, creo que la universidad pública argentina es un espacio abierto a las luchas políticas e incitadora de protestas de un modo bastante particular respecto al resto de la región. A su vez, creo que lo que sucede a nivel de los distintos ciclos de luchas repercute en ella: en lo que se lee, en los programas de estudios, en lo que se discute y en lo que se milita. Mi experiencia es que, además, junto a la cursada universitaria, hay en simultáneo carriles de autoformación, de formación de grupos, de enlace con experiencias no universitarias, que son clave para rastrear ese potencial cognitivo del deseo.

Además de asambleas, marchas, paros, comunicados, acciones legislativas, publicaciones, Ni Una Menos impulsó y/o participó de intervenciones que apelaron a lenguajes artísticos como la performance, la música, la gráfica (pienso en *Operación Araña*, a favor del aborto legal en 2018, o: *La Deuda es una bomba de tiempo*, contra la deuda externa macrista en 2017). ¿Cuál es la función diferencial de este tipo de acciones en el marco de los modos de organización contemporáneos tanto del espacio público como del movimiento feminista?

Esas dos acciones que nombrás fueron muy importantes, parte de experimentar con otras pedagogías, como hablábamos antes, con otros modos de ocupar la ciudad y de construir ciertas alianzas para hacerlo. La acción sobre la deuda frente al Banco Central inaugura toda una línea de trabajo, intervención y discusión que para nosotras fue y es fundamental: conectar las finanzas, expresadas a través del dispositivo de la deuda, con los cuerpos y los territorios en los que se aterriza y de los cuales extrae valor. Para esto también trabajamos la conexión entre deuda externa y deuda de los hogares, haciendo una lectura feminista del endeudamiento doméstico que durante el macrismo, mientras se tomaba con el FMI la deuda más grande de la historia, se convirtió en una herramienta para sostener la vida cotidiana. Con aquella acción se ha creado un lenguaje, un tono de manifiesto, una escenificación que ha disputado la abstracción financiera y que, luego, ha reverberado en muchas otras acciones, análisis y consignas. En el caso de *Operación Araña*, en alianza con las trabajadoras del subterráneo y una asamblea de colectivas, se hizo algo hermoso, con una planificación enorme para tomar la ciudad “desde abajo” y hacer “temblar la tierra”. La marea verde de ese año ocupó el subsuelo y en cada línea de subte se trabajó una temática ligada al aborto, a cargo de distintos grupos. Se hicieron intervenciones en muchas estaciones, en los vagones, en el audio que se escuchaba al arribar el subte. Creo que su función diferencial, como le decís, es apostar a una creatividad muy fuerte que pone temas y demandas en marcos de comprensión distintos a los habituales, los ubica en escenas de intervención urbanas novedosas, apuesta a formas de interrupción de la circulación y lo hace bajo lenguajes también disruptivos. Creo que despliegan una fuerza expresiva enorme también al interpelar y convocar a un público cualquiera, pasajers, transeúntes, etc. Además, la energía de organización que despiertan es muy intensa, porque hay un frenesí de acción mezclado con mucha inventiva a la hora de producir texto político en la ciudad. Participar en esas acciones deja una sensación de mucha alegría e, insisto, producen material gráfico, visual y textual que luego sigue funcionando, resonando. Componen, creo, una imaginación política que se enlaza con toda otra saga de acciones que van, justamente, disputando y reinventando el espacio público.